



EL JARDIN



YO he nacido con una gran propensión amatoria; pero propensión hacia ese amor magnánimo por el cual el hombre da toda su persona, toda su alma a la mujer, tanto para lo bueno como para lo malo, incondicionalmente, hallándose dispuesto a vivir o a morir por ella. Dos veces me había enamorado. Mi primera novia murió cuando hacíamos los preparativos de boda. La segunda, después de haberme hecho creer en su cariño, prefirió a una especie de mandolinista chileno.

Y llegué a desesperar de alcanzar la felicidad. Aquellos desengaños habían sido demasiado amargos, y me habían dejado sin fuerzas, sin deseos y sin ensueños.

Fuí a ocultarme a los alrededores de Lyon, a una especie de convento abandonado. Pasaba los días enteros en un inmenso jardín, en el que desde hacía cien años no se había podado un árbol. Allí transcurrieron para mí las horas, unas tras de otras, de un modo extraño. Era un bosque lleno de pájaros y de toda clase de alimañas, de tierra amarillenta, donde el ayer había llevado semillas de flores, de plantas silvestres, y extraordinarias salamandras. Un ciervo vagaba por allí con su esbelta silueta, sin que pudiese yo averiguar si había nacido allí o cómo había ido.

Yo vagaba por aquel jardín en las mañanas claras y en las tardes en que el fuego incendia los árboles y en que la farsa de las nubes se desarrolla en decorados de milagro. Pero yo no encontraba

en ello apenas placer alguno. Mi corazón estaba mustio como las hojas secas. El amargor del Eclesiastés llenaba todos mis pensamientos. Únicamente dejaba mecerse mi dolor con el magnífico espectáculo de lo selvático del bosque de hayas y de olmos.

Una mañana en que llegué hasta el límite, hasta la ruinosa tapia, vi abrirse una puerta y aparecer una joven singular. Iba vestida con una bata de grandes pliegues, de color de escarlata, y con brocados argentinos. En su cuello brillaba un collar de esmeraldas, y sus cabellos, sedosos y dorados, caían sobre sus hombros medio sujetos con pequeñas peinetas de nácar. La gracia de sus ojos verdes como lagos, de su cutis fresco, de su rostro deliciosamente ovalado, de su boca llena de timidez y de su cuerpo flexible, la hacían parecer en aquel abandonado jardín algo así como una hada, como una ninfa o como una princesa de leyenda.

Al verme, se asustó mucho; me dirigió una mirada sumamente inquieta. Y yo me hallaba demasiado abatido para conmovirme con su presencia; pero aún no había perdido el respeto a la divina belleza. Le dije con mi habitual amargura:

—No le preocupe a Ud. mi presencia. El jardín es de usted, quédese en él, si es que puede soportar mi vista.

Sonrió; comprendí que se había tranquilizado de su temor.

Después me dijo con una voz de agua de fuente de cristal:

—Creí que este parque estaba abandonado. He estado aquí muchas veces y nunca vi a nadie.

—Sí, estaba abandonado y desierto—le contesté. Y realmente no ha dejado de estarlo.

Empezamos hablar de los añosos árboles, del ciervo y de las salamandras. Y aquella conversación tenía algo así como la sombra de un encantamiento. Aquella hada era inocente, sentimental, un alma tanto de la naturaleza como de los libros, hecha al campo y a las novelas de Jorge Sand, de Lamartine, de Bulwer Lyton, de Alfredo de Vigny. Eran sus palabras amables y finas; sus silencios tenían algo de estrafalario. Parecía mirar muy lejos a través de la tapia, cuando al fin, le pregunté:

—¿Qué está usted mirando?

—Es que—me contestó—he dejado mi cuerpo en mi cuarto y estoy algo intranquila. Siempre tengo miedo de que quiera salir solo.

Comprendí entonces que estaba loca, y esto me hizo que aún me interesase más por ella.

Volvió desde aquel día con más frecuencia que al principio; después, todos los días. La acogía yo sin el más leve temor. El plácido otoño empezó a amortiguar el verdor de la hierba y de las hojas. Y una mañana de septiembre comprendí que el pobre desterrado había despertado el amor en el espíritu de la pobre loca. Fué mi primera emoción desde que llegué al convento abandonado. Mi alma se llenó de compasión y de temor. Quise evitar el trato de mi encantadora amiga; pero la ví palidecer, adelgazar, y, recordando todas las conversaciones con ella mantenidas, adiviné que debía poseer un alma fiel, un alma hecha como la mía, para el amor duradero y los grandes sacrificios. Sentí entonces que se desgarraba mi corazón y me arrepentí amargamente de mi prudencia.

Y un día me dije:

—¿Por qué no reparar esta imprudencia? ¿Por qué no he de dar mi triste vida a esta adorable loca?

Apenas hube formulado en mi interior esta idea cuando sentí que mi corazón y la sangre de mis venas se inflamaban. Ví elevarse el amor, que ya creía muerto para siempre, y volví a nacer a la esperanza.

¿Y por qué no? La locura de Luciana era desconocida para todos. Vivía con una tía suya, vieja y achacosa, y algunos criados antiguos y muy fieles. Ningún obstáculo legal podría impedir el matrimonio. Estaba trazado mi destino. Ese triste destino mío, en el cual ya no veía la más pequeña alegría.

Era la hora del crepúsculo. Las nubes se abrían como flores del infinito. Había en el cielo luz amarillina, de rubíes y de zafiros, que penetraba en las tinieblas de la tarde con resplandores de magia.

Luciana se había sentado junto a mí. Los dos mirábamos el cielo a través de las hojas. Mi corazón estaba radiante de ternura. Mi espiritual compañera, de cabellos tan bellos como el crepúsculo, de rostro prometedor de emociones eternas, me devolvía de nuevo a la juventud y a la felicidad.

Ella estaba triste, inquieta. Me observaba de reojo. Oprimía sus manos con las mías dulcemente y murmuré a su oído:

—Luciana, Lucianita... ¿Por qué no hemos de contemplar juntos los crepúsculos hasta el fin de nuestras vidas?

Se puso aún más pálida, tembló de pies a cabeza. Se crisparon sus manos, y al fin me dijo, como si hablara entre sueños:

—¿No sabe que nada puede gustarme si no lo comparto con usted?

Se apretaba contra mi cuerpo avergonzada y casi a punto de caer desfallecida. La estreché contra mi corazón, y, al encontrar sus labios, sentí que, mezclada con la locura, encontraba, al fin, la dicha a que había renunciado.

Me casé con Luciana. No hemos abandonado el jardín. Mi deliciosa compañera ha curado mis heridas, devolviéndome centuplicadas las alegrías perdidas. Y hasta su misma locura me parece adorable. Muchas veces, cuando paseamos juntos entre los árboles, en las noches claras de luna, mientras los murciélagos pasan el vuelo incierto y huye algún gazapo por las breñas, empieza Luciana a hablar de ese cuerpo que ha dejado en casa. Y yo experimento entonces la sensación de hallarme en el país de las almas. Y cuando la voz argentina me pregunta:

—¿No estás algo inquieto? ¡Hace tanto tiempo que está allí solo!... Siento como la sombra de una encantadora intranquilidad. Volvemos a casa y al estrechar suavemente a mi mujer contra mi pecho, me parece que vuelvo realmente a encontrar el cuerpo después de haber soñado con el alma.

Y así, la locura de la encantadora mujer se convirtió en un especie de símbolo; en vaporosa, amable y sonriente alegría.

J. H. ROSNY.



Anima trémula

HAY un suave dolor en mi esperanza
que ni aduerme el afán ni acorta el vuelo.
¡Ah, mi llorar mientras la noche avanza,
vuelta la faz al cielo
en un sereno asombro sin mudanza;
y aquel suave dolor en mi esperanza
que ni aduerme el afán ni acorta el vuelo!

Alma, soñaste ser como la fuente
recatada en la fronda:
límpida en su cristal, pero muy honda.
¡Ah, tu pudor de aparecer desnuda
y clara y transparente,
a los profanos ojos, alma muda
que has soñado con ser como la fuente
recatada en la fronda!

¡Esta llama de amor siempre encendida!
Este sentir que el musgo se sonríe
al beso de mis miembros, este vago
suspirar que en la vida se deslíe
como en el manso lago
la breve gota matinal caída...
¡Y esta llama de amor siempre encendida!

Alma, soñaste ser como sedienta
corola inmensurable que perfuma
la quietud de los hálitos; atenta
a todos los misterios; prevenida
a todos los temblores de la vida;
diligente al placer y presta al llanto,
y ser como un desmayo, como un triste
desmayo de potencias, en el santo
regazo maternal de lo que existe...

Luego ser voz que asorde, y ser el verbo
que cante en inflexiones poderosas
todo el vasto gemir del universo,
y todo lo posible de las cosas
en ritmo sabio, enfático y diverso.

Ser lámpara de amor en la lejana
combustión de una estrella cuya lumbre
nunca habrá de llegar, y que es hermana
de la flama del sol que da en la cumbre.

Ser como el insaciable receptáculo
de toda agitación, de todo empeño,
grande en lo grande, leve en lo pequeño,
y ser, al par, vidente y espectáculo,
y ser el soñador y ser el sueño.

Sentir el lazo espiritual, el fuerte
nudo que le mantenga constreñida
al divino pavor en que la muerte
es un ritmo de tantos de la vida.
Ser la pupila insomne, ser el ala
trémula siempre en lucha con el viento,
la mano imperturbable que señala
la excelsitud; y luego, en un momento,
ceguera. y paz, y desfallecimiento.

¡Oh codicia interior que no se calma!
¡Oh clamor que no cesa en su porfía!
¿Cuándo será aquel día
que llene el ansia de tus ojos, alma,
conturbada alma mía?

ENRIQUE GONZALEZ MARTÍNEZ.



Cenizas

¡Por qué en el negro alcázar de mi olvido
como una estrella tu pupila asoma?
¿Para qué abrir del sueño la redoma
si su viejo perfume se ha extinguido?

Ese acento tan dulce y dolorido
—canto de cisne, arrullo de paloma—
yo no sé dónde fué ni en qué idioma,
¡mas hace tiempo envenené mi oído!

Por los nocturnos páramos helados
del fúnebre silencio en que reposo,
cual sombra de otra sombra te deslizas...

Y entre tantos rescoldos apagados
es tu recuerdo pálido y borroso
¡igual que un nombre escrito entre cenizas.

FRANCISCO VILLAESPESA.

• 1,210 -

Lloviendo

Caía la lluvia rumorosa, cadenciosamente, entretrejida con los últimos rayos de un sol de octubre. Apoyada la frente en el cristal de la ventana veía llover como si viese llorar, escuchando a lo lejos, en las avenidas, el sordo rumor de los tranvías En una esquina, en la casa de una mujer alegre, un organillo vagabundo canturreaba un aire plebeyo. Canturreaba un aire banal, melancólico, melancólicamente Un aire populachero, de algún artista del arroyo, que tenía la tristeza de los lívidos amaneceres, un vaho de alcohol, el polvo de los arrabales extremos de las populosas metrópolis, donde debe haber agitado bailando locamente las ancas de las meretrices Mas aquel aire, en aquella tarde llorosa, llenaba mi espíritu de la más oscura de las melancolías . . .

¡Cuán lejos estaba el campo florido y verde! El campo en una dulce hora vespertina, en que mil átomos de oro volasen sobre los cálices silvestres. El césped afelpado y jugoso, los arbustos con rúmoreos de insectos; un potro huyendo en el límite del horizonte; dos bueyes tranquilos, manchados a trechos, rumiando perezosamente. Y más allá el bosque, los árboles llenos de nidos, los troncos con plétora de savia, las hondonadas cubiertas de verdor, y, en una rama, una pareja de pájaros torna-soles, chillando . . .

Mientras, la lluvia caía monotonamente, rúmoreosamente, sobre la ciudad. A lo lejos, el sordo rumor de los tranvías. Y cerca, el organillo callejero, tarareando su aire vulgar, melancólico, melancólicamente . . .

Encendí un cigarrillo y me abandoné sobre una silla. Cerca, viéndote en un espejo antiguo, estabas tú. Y tras el humo, como tras una niebla, contemplé con ojos vagos tus magníficos hombros morenos, donde se encrespaba, se alborotaba, se enroscaba tu cabellera de noche con visos de oro, como un torsal de serpientes negras de brillos metálicos.

Tenías veinte primaveras. Veinte primaveras en los ojos ávidos y espléndidos, amadores del mar, de las telas brillantes, de los cielos ardientes de astros.

Veinte primaveras en el cutis de durazno en los labios rojos como la pulpa del fruto del cactus, en los dientes de carne de coco, en tu cuello de paloma montés, en tus brazos, en tu cintura, en tu andar al modo de una cierva virgen, que busca el amor en el laberinto de las lianas y de los troncos del bosque.

Veinte primaveras que eran mías, que me trastornaban la cabeza, que me enloquecían de pasión, una pasión cálida e intermitente, mezcla de caricias enervadoras y de celos africanos.

En aquel tu cuarto pequeño, lleno de cromos y de fotografías, olvidado del mundo, pasaban mis horas negras, mis tristezas prematuras, todas las crisis de la insania dolorosa que me atormentaba.

En aquel cuarto aprendí a amar y a ser amado. Las paredes deben guardar todavía nuestros nombres, escritos con lápiz; sobre el piso deben verse las huellas de tus botines; en el aire debe haber un eco perdido de tus risas alegres, de tus besos sonoros. Allí debe oler a amor, a juventud fogosa, a primavera fecunda. Cada rincón debe tener algo, algún aroma penetrante y lánguido, un hálito poderoso de voluptuosidad juvenil, propio para desvanecer la cabeza de un inquilino decrepito...

¡Ah! He visto llover después en otros tiempos y en otros países, viendo caer, presa de un tedio horrible, el llanto de las nubes. Y entonces, soñando en un tiempo feliz que no volverá nunca, porque no volverán tus veinte años ni los míos, de súbito me ha parecido escuchar la música de un organillo callejero, que arulló un día nuestro amor, y, vuelta de espaldas contemplándote en el espejo ver el contorno de tus magníficos hombros morenos, donde se encrespaba, se alborotaba, se enroscaba tu cabellera con visos de oro

JUAN RAMÓN MOLINA.



Letrilla floral

DESMORONA tierra santa en sus macetas
y bendice el agua y el aire y la luz;
y riega sus húmedas matas de violetas
muy de madrugada, la niña Jesús.

Sus rosas florecen aun en el verano,
porque ella las cuida con tanto primor
que, cuando las corta le queda en la mano
una milagrosa fragancia de flor.

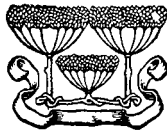
Ama los claveles por su aristocracia,
siembra los jazmines porque hacen el bien,
y a su paso dicen: *llena eres de gracia*
unas madreselvas de Jerusalén.

Porque las violetas son sus amatistas
y sus perlas pálidas los nardos de miel
se cubren de alhajas sus manos artistas
cuando hace guirnaldas de rosa y laurel.

Ella enflora el bardo de la cabellera
y teje la ofrenda para el paladín,
y aprende los versos de la Primavera
con ver las orquídeas que hay en el jardín.

Y, como en aquella Leyenda Dorada
que escribiera en sueños un beato pintor,
yo me la figuro vestida de hada
en la madrugada cortando una flor.

RAFAEL HELIODORO VALLE.



J'ecris; entre mon reve et toi. ..

(Versión de Enrique Díez Canedo)

ENTRE mi sueño y tú, canta la luz. Escribo.
Y oímos, mudos de voluptuosa emoción,
el volar de un insecto ciego en la habitación.
La claridad sonrosa tu rostro pensativo.

Acaricias los dedos que te abandono, y piensas:
--Si me quiere de veras, ¿cómo puede escribir?—
¡Oh suspiro, temblor de tu mano y batir
de pestañas que fingen rejas finas y densas!

Un oculto pesar adivino, y apreso
tu talle; sonreír quieres cuando te beso...
Mas presto los sollozos que retener ansias

brotan, y mucho tiempo, muda, desconsolada,
lloras, lloras celosa de estas palabras mías,
que sólo hablarte saben de nuestro amor, amada.



Des cloches c'est le jour de paques...

Campanas. Es el día pascual, hombre sombrío.
Tú sólo, cuando todas estas humildes gentes
acogen al Señor en sus labios fervientes
te obstinas, te deleitas en un recuerdo impío.

Solo entre la creyente multitud fraternal
te cebas en tu amargo silencio, en tu protervia;
como en tí pudre al alma la carne, tu soberbia
contra tu fe, que aún vive, se revela brutal.

Y este remordimiento y esta horrible agonía,
alma inquieta que ves fieles a tus hermanos,
son porque no eres ya, como en días lejanos,
un buen hombre que en Dios, sencillamente, fía.

CHARLES GUERIN.

Fortuna melancólica

El plenilunio argentaba la nemorosa necrópolis, y un gran silencio de eternidad—apenas interrumpido vagamente por el rumor de la brisa en los ramajes—imperaba en el sagrado recinto.

Sonaron, a lo lejos, doce campanadas, en la vetusta catedral. . . . Al esfumarse el eco remoto, dí tres golpes con la punta del bastón sobre el mármol del sepulcro de Martha

. . . I esperé, inmóvil en la vasta puerta misteriosa, con la triste alma suspensa en el abismo enigmático

. . . Esperé la contestación de ultratumba, el signo de la sombra, la luz del más allá que Ella me prometiera con su voz inmortal cuando, por la vez última, me miraron en la tierra sus ojos incomparables.

. . . Esperé con el corazón saturado de infinito, pleno de paz ilusoria

El silencio se hizo aún más solemne, como si de él fuera a surgir algo sobrehumano

—¡Martha! ¡Martha!—suspiró mi espíritu.

Súbito sueño balsámico e nriagó mi ser

. . . En un pálido paisaje sublunar ví su leve forma castísima en un vuelo sideral

—¡Martha! ¡Martha!—sollocé, recobrando mi pensamiento y mi profunda emoción.

. . . El viento arrastraba ahora algunas hojas secas sobre los mausoleos, y las sombras de los altos cipreses movíanse quiméricamente en la blancura de la noche.

FROYLÁN TURCIOS.



Así será...

El joven indio comparece
ante el ceñudo capataz.

- Tu padre ha muerto; y, como sabes,
en contra suya y en pie están
deudas, que tú con tu trabajo
tal vez no llegues a pagar...
Desde mañana, como es justo,
rebajaremos tu jornal. —
El joven indio abre los ojos
llenos de trágica humedad;
y, con un gesto displicente
que no se puede penetrar,
dice, ensayando una sonrisa:
—Así será....

Clarín de guerra pide sangre.
Truena la voz del Capitán:

- ¡Indio: a las filas! Blande el arma
hasta morir o hasta triunfar.
Tras la batalla, si es que mueres,
nadie de tí se acordará;
pero sí, en cambio, el triunfo alcanzas,
te haré en mis tierras trabajar....
No me preguntes por qué luchas,
ni me preguntes dónde vas. —
Dócil el indio entra en las filas,
como un autómatas marcial;
y sólo dice, gravemente:
—Así será ...

Mujer del indio: en tí los ojos
un día pone blanco audaz,
Charco de sangre... Hombre por tierra.
Junto al cadáver, un puñal...
Y luego el Juez increpa al indio,
que sonríe sin temblar:

- Quién como tú con hierro mata,
con hierro muere. ¡Morirás!—
Pone un relámpago en sus ojos
turbios, el indio; y, con la faz
vuelta a los cielos, dice apenas:
—Así será....

¡Oh raza firme como un árbol
que no se agobia al huracán,
que no se queja bajo el hacha
y que se impone al pedregal!
Raza que sufre su tormento
sin que se le oiga lamentar . . .
¿El *Dios lo quiere* de los moros
suena como este *Así será* . . . ?
¿Resignación? Antes orgullo
de quien se siente valer más
que la Fortuna caprichosa
y que la humana crüeldad . . .

Un filosófico desprecio
hacia el dolor acaso da
la herencia indígena a mi sangre,
pronta a fluir sin protestar;
y cada vez que la torpeza
de la Fortuna huye a mi afán,
y crüeldades hartó humanas
niéganle el paso a mi Ideal,
y hasta la Vida me asegura
que nada tengo que esperar,
dueño yo siempre de mí mismo,
y superior al bien y al mal,
digo, encogiéndome de hombros:
—Así será . . .

JOSÉ SANTOS CHOCANO.



De la vida...

Mientras voy por la ruta que me traza el Destino,
un sendero de ensueños y de rudos azares,
que el verso me prodigue su generoso vino,
para que se adormezcan mis angustias vulgares.

Licor noble y uncioso de la Melancolía,
sobre mi grave espíritu pon tu refinamiento,
para que las celestes rosas de la poesía
consagren las heridas del bajo sufrimiento.

Lejos tiene su meta la Montaña Sagrada,
y agudas son las zarzas de la selva intrincada
del bosque dantesco por donde, loco, vago.

Siento piedad por todo lo noble que en mí anida,
por este blanco espíritu que pasa por la Vida
como un cisne de seda por un brumoso lago.

RAMÓN ORTEGA.

La ironía de la primavera

Anúnciala su heraldo. Vendrá la primavera
mañana nuevamente. . . . ¡Mejor que no volviera!

¿A qué venir ahora, si en todo cuanto existe
domina lo más negro, impera lo más triste?

Sobre tántas angustias su tórrido ensusiasmo
será una forma nueva que asumirá el sarcarmo.

¿A quién brindar sonrisas? ¿A quién brindar amores?
Lo mismo que las almas de luto están las flores.

Hasta la bella hipérbole perdió su antiguo encanto:
corren mares de sangre y piélagos de llanto.

Nunca los ojos vieron tan vasto cataclismo:
el mundo se despeña en el supremo abismo.

El odio empuja el brazo, el mal los corazones.
Luchan ebrias y locas más de veinte naciones.

Esos miles de pueblos que pugnan en la guerra,
otros tantos dolores han sembrado en la tierra.

Y nadie el fin presente de la horrible mantanza:
¡dijérase que huye del mundo la Esperanza!

¿La humanidad en dónde encontrará un consuelo?
Está mudo el oráculo, indiferente el cielo.

¡Señor de los Ejércitos! Buen Dios: ¿será posible
que mires duelo tánto y sigas impasible?

Herida y vacilante, coronada de afrentas,
por entre los escombros la Fe camina a tientas.

Si amarnos ya no quieres, pues mucho hemos pecado,
respóndenos al menos: ¿Jesús está a tu lado?

También nos abandona su espíritu divino,
porque el hombre ha empuñado la lanza de Longino.

Y sorda al duelo inmenso que reina por doquiera,
mañana, sonreída, vendrá la Primavera.

ANDRÉS MATA.

1917.



Edgar

Fué una tarde dulce de un nueve de octubre,
vecino el invierno, en país del metal,
cuando de un oro lívido el campo se cubre,
que salió su entierro de un viejo hospital.

Fué en ese poniente de mágica paleta
que perdió la América su bello laurel:
un coro de alondras se llevó al poeta,
su Virginia pálida o bella Annabel.

Fué de aquel entierro sin pompas humanas,
(de Pan era hermano, de Helena cantor,) *que el sol vierte* lágrimas todas las mañanas
y una luna triste tiene Nueva York...

Fué en ese poniente: del busto de Palas
alzó el vuelo tétrico el cuervo gandul,
y no ha vuelto más nunca a manchar con sus alas
la blanca Minerva de su olimpo azul.

Fué con las virtudes del nombre sonoro
que salvó a su patria de inopia mental;
pues hierro del norte transfórmase en oro
al tocarlo su piedra filosofal.

Del país de Whitman, cuando otoño dora
los campos secos, partió Edgar al edén.
En su jardín de estrellas lo besó Eleonora
y en su kiosco blanco lo encontró Verlaine.

JOSÉ OLIVARES.



Pascua bucólica

LA casuca, a la vera del camino
se asoma, acurrucada contra el cerro,
y las plantas le lame cristalino
arroyo, fiel y manso como un perro.

Y, parasol de trémula esmeralda,
acacia de corolas carmesíes
asombra, en la canícula, su espalda,
y tapiza el terruño de rubíes.

De noche, al pie del árbol, la trigueña
hija del labrador obsequia al primo
con las ternuras de su voz risueña
y las toronjas de su seno opimo.

Fué por Pascua la media noche trágica
e imprudente de amor. ¡Qué nochebuena!
Bajo la fronda taracea, mágica,
arabescos la clara luna llena.

Tras holgorio pascual con los peones
viene el padre, camino del trapiche,
medio borracho y dando trompicones.
Al resplandor lunar canta el moriche.

El rústico advirtió manos salaces
bajo el corpiño, tras las dulces pomas,
cual pareja de águilas voraces
tras pareja de tímidas palomas.

Sonó un disparo. El primo se moría
en los brazos temblantes de su novia.
Calló el moriche; y espumando huía
el arroyo, con súbita hidrofobia.

RUFINO BLANCO FOMBONA.



El buzo

—¿QUIÉN, pues, caballero o vasallo, se atreverá a zambullirse en ese abismo? En él arrojo una copa de oro; la sima obscura ya la ha tragado; pero el que me la vuelva a traer la tendrá en recompensa.

Así dijo el Rey, y, desde lo alto de una peña ru-
da y tajada, colgante sobre el mar inmenso, ha
arrojado su copa en la sima de Caribdis: (*)

—¿Hay algún hombre de valor que en ella quie-
ra arrojarse?

Han oído los caballeros y los vasallos; pero se
quedan callados; miran el mar indómito y el galar-
dón no tienta a nadie. El Rey repite por tercera vez:

—¿Cuál de vosotros se atreverá, pues, a za-
bullirse?

Todos guardan silencio; pero he aquí que sale
del grupo tembloroso de los vasallos, un paje de
semblante suave y valiente. Arroja su cinturón,
se quita la capa, y todos los hombres, todas las mu-
jeres admiran con miedo su valor.

Y, mientras se adelanta sobre la peña midiendo
el abismo, Caribdis vomita las ondas que ha devo-
rado y que salen de su profunda boca con el fragor
del trueno. Las aguas hierven, se hinchan, se
rompen y rugen como trabajadas por el fuego; la
espuma hecha polvo salta hasta el cielo, y las
olas sobre las olas se amontonan como si no se pu-
diese agotar el abismo, como si de la mar naciera
otra mar.

Pero al fin su furor se calma, y, entre la blanca
espuma aparece su boca negra y anchurosa, como
una lumbrera del infierno; de nuevo se arremolli-
nan las ondas y en ella se precipitan ladrando.

Pronto, antes del regreso de las olas, el joven
encomienda su alma a Dios, y... el eco repite un
grito de terror. Lo han arrastrado consigo las
olas: parece que se cierra misteriosamente la boca
del monstruo, tragándose al atrevido buzo... ¡No
vuelve a aparecer!

El abismo abonanzado no deja oír sino un en-
deble murmullo, y mil voces repiten temblando:

—¡Adiós, joven de noble corazón!

(*) Aquí entiéndase por Caribdis un poderoso remolino interno
de las aguas.

Siempre más sordo se aleja el ruido y se aguarda con inquietud y terror.

—Aún cuando arrojaras tu corona y dijeras:— El que me la vuelva a traer la tendrá en recompensa y será rey... No me tentaría tan glorioso premio. ¡Alma viviente nunca ha contado los secretos del abismo que ladra!

Cuántos buques arrastrados por el torbellino se han perdido en sus profundidades; pero no han vuelto a aparecer más que mástiles y vergas destrozadas por encima de la insaciable tumba.

Y el rumor de las olas resuena más distintamente: se va acercando, acercando; después estalla.

Helas aquí que hierven, se hinchan, se rompen y rugen como si las trabajara el fuego; la polvorosa espuma sube hasta el cielo, y las olas se amontonan; después con el fragor de un lejano trueno, cobijan el profundo abismo.

Pero mirad: de entre las negras olas va subiendo como un cisne resplandeciente; en breve se distingue un brazo desnudo, blancas espaldas que nadan con vigor y perseverancia... ¡El es! Con su mano izquierda levanta la copa haciendo señas de alegría.

Y su pecho jadea; jadea largo rato: en fin, el paje saluda la luz del cielo. Un dulce murmullo vuela de boca en boca

—¡Vive! ¡Aquí lo tenemos! ¡El buen joven ha triunfado del abismo y de la tumba!

El se acerca: la multitud alegre le rodea; cae a los pies del Rey, e hincándose de rodillas, le presenta la copa. El Rey manda que venga su amable hija, que llena el vaso hasta arriba de espumante vino y el paje, después de haber bebido, exclama:

—¡Viva el Rey por largo tiempo! ¡Felices los que respiran bajo la dulce claridad del cielo! El abismo es una terrible mansión; que el hombre no tiene más a los dioses, y no procure más ver lo que su sabiduría rodeó de tinieblas y de espanto.

...Primero me arrastraba la corriente con la rapidez del rayo, cuando un torrente impetuoso, salido del riñón de la peña, se precipitó sobre mí; esa doble potencia me hizo por largo tiempo dar vueltas como el trompo de un niño: era irresistible

...Dios, a quien imploraba en mi angustia, me enseñó una punta de roca que se adelantaba en el abismo, me agarré de ella con movimiento convulsivo, y evité la muerte.

.. Allí estaba la copa colgando de unas ramas de coral, que habían impedido se hundiera en profundidades infinitas.

...Pues debajo de mí, había como unas cavernas sin fondo, alumbradas por una especie de vislumbre rojiza; aunque estuviera atolondrado y mis oídos fuesen cerrados para todos los sonidos, mi vista columbró con terror multitud de salamandras, de reptiles, de dragones que se agitaban con un movimiento infernal.

...Era una mezcla confusa y asquerosa de rayas espinosas, de perros marinos, de esturiones monstruosos y de horrorosos tiburones; hienas de los mares, cuyos rechinamientos me helaban de espanto.

...Y allí estaba yo suspendido, con la triste certidumbre de hallarme lejos de todo amparo, solo ser sensible entre tantos monstruos deformes, en una soledad espantosa, donde ninguna voz humana podía penetrar, enteramente rodeado de figuras inmundas.

...Y me estremezco sólo al pensarlo... Al verlos dando vueltas en rededor de mí, me pareció que venían para devorarme... En mi espanto, abandoné la rama de coral, de la cual estaba colgando; al mismo instante el abismo volvía a vomitar sus ondas bramadoras; eso fué mi salvación, pues me volvieron a traer a la luz del día.

El Rey manifestó alguna sorpresa y dijo:

—Te pertenece la copa y le añadiré este anillo adornado de un precioso diamante, si tientes otra vez el abismo, y me traes noticias de lo que pasa en las profundidades más remotas.

Al oír estas palabras, la hija del Rey, conmovida, así le suplica con voz cariñosa:

—Dejad, padre mío; dejad un juego tan cruel; ha hecho por vos lo que ningún otro se hubiera atrevido a hacer. Si no podéis poner un freno a los deseos de vuestra curiosidad, que vuestros caballeros sobrepujen en valor al joven vasallo.

El Rey cogió vivamente la copa y volviéndola a arrojar en la sima:

—Si tú me la vuelves a traer otra vez, serás el más noble de mis caballeros, y podrás hoy mismo dar el beso de esponsales a la que con tanto ardor intercede por tí.

Un divino ardor se apodera del alma del paje; en sus ojos chispea la audacia; ve a la joven prín-
cipes onrojarse, palidecer y caer desmayada. Tan

digno galardón tienta su valor, y se precipita de la vida a la muerte.

La ola rugie y se hunde... Pronto vuelve a subir con el fragor del trueno... Cada uno se inclina y dirige sobre ella una mirada de interés: la sima vuelve a tragarse y a vomitar las olas, que siguen levantándose, cayendo y rugiendo... Pero el buzo no apareció jamás.

FEDERICO SCHILLER.



La ribera encantada

¡Algo del mundo dime, viajero afortunado!
Díme: ¿Qué reina ahora? ¿Aun reina la doblez?
Que hace ya muchos años que estoy aquí encantado,
de este lago en la orilla risueña en que me ves.

Yo ví de una hada joven el seno sonrosado;
surgiendo de esas aguas la sorprendí una vez,
y sus divinas formas dejáronme hechizado.
Era su faz perfecta; lo mismo eran sus pies.

Y desde entonces sigo, por la dormida arena,
sus labios enervantes, su canto de sirena,
el canto más radioso que se escuchó jamás;

y he de vagar por siempre sobre esta inmensa orilla,
pues cuando huir intento de esa hada sin mancilla,
sus pérfidos imanes me atraen más y más.

LUIS ANDRÉS ZUNIGA.



VIEJA CANCIÓN

Voz amante que anhela mi vida,
voz serena de amor y de fe
y apacible razón nunca oída,
por mi senda perdida . . .
¡Nunca te escucharé!

Mano pura que portas la flama
que incendia la mina del sueño que fué,
si el pasado insepulto te llama
y el recuerdo te ama . . .
¡Nunca te besaré!

Tú, Mujer, la dispersa entre todas
las fugaces amadas que amé:
la Imposible esperada en mis odas;
integrada en idílicas bodas.
¡Nunca te poseeré . . . !

Verso siempre en anhelo encendido,
limpio verso que en sueño pensé:
el que llora mi imperio abolido,
el que expanda mi gloria o mi clvido:
el eterno del lauro florido . . .
¡Nunca te cantaré!

LEOPOLDO DE LA ROSA



Enigma

Para Isabel Venegas Andrade,
en su álbum.

Brillan en el cenit de mi memoria
unos ojos . . . ¿De quién? . . . ¿Los veré muerto?
¿Los ví insomne? ¡No sé! ¡Mas es lo cierto
que por saberlo fatigué la Historia!

¿De Helena, de Cleopatra, de Anactoria
o de Palas? ¿Sondaron el desierto
con Agar, o alumbraron desde un puerto
de Colcos a los nautas de la gloria?

No pudo ser, porque la audaz viveza
de aquel mirar, alumbra mi recuerdo
con el ígneo fanal de los cocuyos.

Huyen los días; mi febril cabeza
delira. Ya en un dédalo me pierdo:
pero pasas . . . y grito: ¡son los tuyos!

GUILLERMO VALENCIA.

Sueño remoto

Flota mi libre espíritu que anhela
ir a la estatua armónica y bruñida
en que el divino artífice revela
sobre contornos rítmicos la vida.

Quiero en las jónicas márgenes errante,
interrogar del mármol los secretos;
ver el amor alígero, triunfante
bajo la sombra de álamos discretos.

Oigo el sagrado acento de la lira
a cuya nota acompasado vibro,
mientras un genio irónico me mira
desde las tersas páginas de un libro.

Torno a mi edad. En la vetusta roca
miro rodar el pórtico disperso;
ya ni los gratos númenes evoca
bajo radiantes símbolos el verso.

La roja luz del trópico palpita,
arde viviente múrice en las flores;
pero las selvas húmedas no agita
ronda traviesa de ágiles Amores.

Y el turbio seno en revelar se empeña
mi desquiciado corazón mezquino,
tal como al dueño del festín enseña
su fondo obscuro el ánfora del vino.

VÍCTOR M. LONDOÑO.



MEDIA NOCHE

Cuando reposes solitaria y yerta
en el recinto angosto de la tumba,
yo bajaré a tu seno, vida mía,
a contemplar tu pálida hermosura.

Y allí de besos mil, a tí abrazado
tu faz inundaré, gélida y muda,
y al fin, también, de sollozar a fuerza,
huésped seré de la mansión oscura.

Media noche. Los muertos se levantan
y en torno de los túmulos circulan.
Sólo tú y yo quedamos abrazados
en el seno de la honda sepultura...

Suena al fin la trompeta, y van los muertos
el fallo a oír de la Potencia suma...
Sólo nosotros dos no obedecemos
y abrazados quedamos en la tumba.

ENRIQUE HEINE.



Tus ojos

Son un dístico de sombra tus pupilas
anegadas de suspiros y plegarias;
son dos flores que los éxtasis marchitan
con las brumas pensativas de sus alas.

Son dos torres de silencio que vigilan
las tristezas de una cumbre solitaria,
y en el lomo de esa cúspide medita
un viajero, misterioso como un águila.

Son dos ríos de lamento que deslizan
bajo oscuros eucaliptus sus nostalgias
porque sueñan con las rosas y las risas.

Son dos notas de una música lejana;
son dos lámparas de tedio que agonizan
en el templo de la virgen de las lágrimas.

JESÚS SEMPRUM.

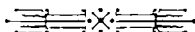
La estatua de Afrodita

En medio de un amplio claro de luna parecía la diosa como realmente viva, sobre su pedestal de piedra rosa cargado de tesoros en suspensión. Mostrábase desnuda con el vago tinte de los colores de mujer; tenía en una mano un espejo y con la otra realzaba su belleza con un collar de siete hilos de perlas. Una más gruesa que las demás, oval y argentada, brillaba entre sus dos pechos como luna creciente entre dos nubes redondas. Y eran las verdaderas perlas santas nacidas de las gotas de agua que rodaron en la concha de la Anadyomena.

Sobrenatural, luminosa, impalpable, desnuda y pura flotaba la visión sobre la piedra, y sosegadamente palpitaba. Al fijar los ojos en ella, se temía que la caricia de su mirada hiciera evaporarse aquella alucinación ligera.

Los cabellos habían sido arreglados a la usanza oriental y apenas encubrían la frente. Los ojos entrecerrados se prolongaban en inefable sonrisa. Los labios permanecían separados, como desvanecidos por un beso...

PIERRE LOUYS.



Sumarios de ESFINGE

NUMERO 52

Palabras cordiales, Froylán Turcios.—*Britania Máxima*, Tomás Morales.—*La elegía del corazón*, Juan Ramón Avilés.—*Rima*, Lino Argüello.—*El retrato de la Amada*, Anacreonte.—*La terrible vejez*, Arturo Schopenhauer.—*Los obreros*, Henry W. Longfellow.—*El espiritismo*, Tl moteo Miralda.—*La hora azul*, Leonoldo Lugones.—*A la gracia primitiva de las aldeanas*, Ramón López Velarde.—*Sol de octubre*, Juan Ramón Molina.—*A la distancia*, Roberto Brenes Mesén.—*Notas de amor*, Rufino Blanco Fombona.—*Ciudad amada*, Rafael Heliodoro Valle.—*En tu regazo*, Jorge Isaacs.—*Decoración heráldica*, Julio Herrera Reissig.—*La pesca*, Joaquín Lorenzo Luaces.—*La manicura*, Rafael López.—*Corpus*, Juan R. Jiménez.—*La religión de la alegría*, Ernesto Reñán.—*De un álbum*, José Asunción Silva.—*Vida y Amor*, Federico Nietzsche.—*Sumarios de ESFINGE*.

NUMERO 53

Impresiones de Estética, Froylán Turcios.—*Wennurholm el Porta*, Gustaf Fredig.—*Atomos*, Arturo Graf.—*Color de sueño*, Julio Herrera Reissig.—*Corazón de otoño*, Eugenio de Castro.—*El ausente*, Rabindranath Tagore.—*Bolívor*, José Martí.—*Claror de luna*, E. Carrere.—*Los laureos dios*, Rafael Heliodoro Valle.—*Balada*, Guillermo Valencia.—*Julián del Casal*, Jerónimo J. Reina.—*Respuesta a Verlaine*, Rubén Darío.—*El ruego*, Gabriela Mistral.—*Nubes*, Enrique González Martínez.—*La muerte de Sigatón*, Remy de Gourmont.—*Cantos de autos*, Walt Whitman.—*El perfume de veneno*, Pierre Louys.—*Elogio del pintor Francisco Poch*, Michela.—*Gabriel D'Annunzio*, A la orfina, Paul Verlaine.—*De la LAMPARA DE BARRO*, Federico Plessis.—*Traus el claro cristal*, José Valdes.—*Recuerdo de Afrodite*, Vigny, Anatole France.

= ESFINGE =

Aparece el 1º y 15 de cada mes

CONTIENE 24 PÁGINAS DE SELECTA LECTURA.

La colaboración será solicitada.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

Por un mes en la capital y departamentos.....	\$ 0.75
Número suelto del día.....	0.50
Número atrasado.....	0.60

Sumarios de ESFINGE.—Agradeceremos a las revistas y periódicos con quienes tenemos establecido el canje, reproducir los sumarios de esta publicación.

Reproducciones.—Esperamos que las publicaciones que reproduzcan los textos extranjeros de nuestro quincenario, indiquen su procedencia.

Esto lo creemos de estricta justicia; ya que nos ocasiona un trabajo especial la esmerada labor de selección.

EL GRAN TONO

PASTELERIA

REPOSTERIA

RESTAURANT

CALLE DEL COMERCIO.—TEGUCIGALPA

Establecimiento de primer orden, nacido al calor de una necesidad muy sentida en la capital, y que llega con la pretensión de probar que en Tegucigalpa sobran elementos para complacer al público.

Muy en breve lo demostraremos

Trementina, Sebo y Cera Vegetal

COMPRAMOS EN CUALQUIER CANTIDAD. DESDE HOY PAGAMOS A \$ 1.50 LA ARROBA DE TREMENTINA.

13-III-1917.

LA ECONÓMICA.

LA ESMERALDA

Nuevamente se abre al público este establecimiento, en la casa del extinto don César Bonilla, y tenemos el gusto de avisar a los antiguos clientes y al público en general, que nos ocuparemos de toda clase de negocios, tales como compra y venta de alhajas con y sin piedras preciosas; compra y venta de muebles. Además, recibimos en consignación toda clase de artículos para su venta, dando una parte de su valor adelantado.

Prestamos dinero a interés sobre prendas; fabricamos y compramos toda clase de alhajas y relojes; se doran y platean objetos de iglesia.

Especialidad en la fabricación de alhajas de alambre de oro.

Surtido de material para relojes.

Anteojos de carey para chauffeurs y montaduras de oro y níquel para anteojos.

Tegucigalpa, 19 de octubre de 1917.

A. LAZZARI.

GERMINAL

Revista semanal ilustrada

DIRECTOR:

FRANCISCO LAGOS CHAZARO

SUSCRIPCION AL MES..... 1.00

NUMERO SUELTO..... 0.25

AVISOS: Precios convencionales

AGURCIA & Cía.

TEGUCIGALPA — IMPORTACION — EXPORTACION.

Fábrica de Azúcar y Hielo.---Aserradera de Maderas.

Julio Azpuru España

MEDICO Y CIRUJANO

Especialidad en partos y enfermedades de niños

Casa del Dr. dou Alberto Bernhard.

PAPELERIA

DE ESTRADA, REYES Y Co.

Tegucigalpa, Honduras.

Dirigir las órdenes a Melchor Reyes

VACCARO BROS. & CO

R. R. & S. S. LINES

Los más rápidos vapores frateros entre la Costa Norte de Honduras y los EE. U. de América.—CEIBA—YORO.

En estos lujosos y cómodos vapores, construídos expresamente para Vaccaro Bros S. S. Ltd., encontrarán los pasajeros todas las comodidades modernas, baños fríos ó calientes, luz eléctrica, salones, telegrafía sin hilos, cocina de primer orden, etc.

Los vapores atracan al muelle de New Orleans y La Ceiba. Para precios y demás informes, entenderse con S. D'ANTONI.

NUEVOS HORIZONTES

REVISTA ILUSTRADA MENSUAL

Trata de Teosofía, Espiritismo, Ciencias Ocultas, Psicología trascendental, Literatura, Problemas centroamericanos y conocimientos útiles.—Vale 25 centavos cada número.

Dirección y Administración: BERN. SALGADO.

Tegucigalpa, 2ª Av. Oriente, N° 27.—Honduras, C. A.

BANCO DE HONDURAS

Fundado el 1º de octubre de 1880

Capital autorizado.....	1 000 000 00
Capital abonado.....	270 000 00
Capital suscrito.....	417 500 00
Fondos de reserva.....	187 850 81
Fondos para dividendos.....	417 750 43

Oficina Central: Tegucigalpa.—Sucursales: San Pedro Sula.

VENDE GIROS

A LA ORDEN SOBRE NUEVA YORK, LONDRES, PARÍS, HAMBURGO Y MADRID

AGENTES:

Amapala.....	Teodoro Köhncke
Santa Rosa de Copán.....	P. Maler y Cía.
P. Cortés.....	P. Maler y Cía.
Ceiba.....	P. Devaux y Cía.
Trujillo.....	Gutiérrez & Dale
Comayagua.....	Elsa de Valenzuela
Juticalpa, a cargo, Sucursal de Santo Soto & Cía.	
Danfí.....	" " " " " "
Choluteca.....	J. Rössner " "
Nacaome.....	" " " " " "

JOSE LEON LEIVA

León, Nicaragua—Establecido en 1900.

Atiende toda clase de negocios. Agente de casas extranjeras y del país. Compra y venta de giros, acciones de compañías, descuento de letras, bonos y plata. Agencia general de revistas y periódicos. Todo cuanto se le ofrezca, pídale a esta antigua y conocida casa.

Marmolería Italian **A**
LÁPIDAS FUNERARIAS,
FÁBRICA DE LADRILLOS
Y CÁRREHA DE CEMENTO
ROMANO. Fuerza hidráulica
COMAYAGUELA

Tegucigalpa, Calle de la Iglesia, N° 6.

PABLO UHLER & CIA.

Tegucigalpa—Amapala.
Almacén al por mayor.—
Mercaderías generales.—
Compra toda clase de
productos del país.

LIBRERIA LANDA

COMAYAGUELA, HONDURAS.

Surtido completo de libros y útiles escolares. Música impresa de las mejores ediciones europeas y americanas. Servicio de suscripciones de Periódicos, Revistas, Magazines, etc.

PROPIETARIO. RAMON LANDA.

Sección correspondencia de casas extranjeras y de casas locales